

pequeña acción que obligó al enemigo á abandonar un puente en el que se había hecho fuerte. El tiroteo fué muy vivo y sostenido por ambas partes, especialmente por los realistas que tenían más fuerzas que los independientes. Al oír Bustamante el fuego, y al saber lo ocurrido, se le vió violento é incómodo.

—Barreiro, dijo á uno de sus ayudantes que estaban á su lado, diga Ud. al mayor general que disponga luego que salga toda la caballería con el resto de la Infantería y un cañón, para reforzar á Acosta, pues voy á proteger la retirada de este, por no ser el punto en que se halla á propósito para dar la acción.

Volvió á poco el ayudante, y ya Bustamante montaba á caballo con grande violencia; él mismo pasó adonde estaba el resto de su tropa é hizo que se formasen y saliesen á proteger la partida comprometida.

## V

Cuando marchaban, dijo á Ortiz y al teniente coronel don Estéban Moctezuma:

—Es necesario que Udes. moderen su exaltado valor, el terreno está bien malo, los dragones no podrán maniobrar, y tal vez nos exponemos á perder algunos soldados.

Apenas acababa de decir esto Bustamante, cuando metió espuelas á su caballo y se dirigió violentamente hacia donde se hallaba comprometido Acosta: cuando llegó, ya éste había sido herido y lo mismo un soldado de Celaya. Bustamante con su presencia y sus rápidas disposiciones, logró salvar á los suyos nuevamente comprometidos por los refuerzos que le llegaban al enemigo, el que sin embargo, en vez de avanzar, retrocedió. En seguida los americanos se retiraron á Atzacapotzalco, permaneciendo allí bastante tiempo sin que aparecieran los realistas. Serían las cinco de la tarde, cuando Bustamante emprendió su retirada para Santa Mónica, queriendo aprovecharse de mejor coyuntura para dar la acción que deseaba, cuando su retaguardia fué atacada á las inmediaciones de Careaga por las tropas del

gobierno, al mando de Bucelli, que eran en número de mil infantes y trescientos caballos con una pieza.

Un rayo de esperanza iluminó á Bustamante con este acontecimiento, pues creyó que se le presentaba la ocasión de satisfacer sus deseos. Comenzó el fuego entre su retaguardia y la vanguardia de Concha: aquél tocó alto, y sin pérdida de tiempo dió sus disposiciones para una evolución que dió por resultado el que se formasen unas guerrillas de caballería é infantería: sonaron los clarines indicando un toque de exterminio, púsose al frente de ellas Bustamante con espada en mano, y con su voz y con su ejemplo las condujo á la refriega: jamás se le había visto más decidido y esforzado como en esta ocasión, en que con aquella valentía que le es común, buscaba la gloria en donde la muerte aparecía por todas partes: lleno de noble ambición, respirando por cada uno de sus poros el patriotismo más puro; pero como lleno de despecho y prodigando su vida como obscuro soldado, arrastró tras sí á los bravos dragones de la Sierra de Guanajuato, Príncipe y granaderos de la Corona y primero Americano, dando una terrible carga á la espada y bayoneta. Vino á participar del honor de batirse una guerrilla del regimiento de San Luis con una pieza de artillería, y enardeciéndose más el combate, los enemigos sucumbían por todas partes, sin que pudiesen salvarlos su buena formación y el denuedo con que hacían frente. Contribuyó á la gloria de los mexicanos la feliz casualidad de que la pieza de á ocho de éstos, embalara una del mismo calibre de las que tenían los españoles, influyendo esta circunstancia para que Bustamante los hiciese replegar á Atzacapotzalco (\*) en donde se parapetaron pa-

(\*) El Sr. Torrente, sin embargo de que con su imaginación y elocuencia admirables intenta desfigurar los hechos, hablando de este encuentro junto á "Careaga," se ve en la precisión de confesar en el tomo 3o. páginas 291 y 292, lo siguiente: "Y aunque los realistas se empeñaron en darles (á los independientes) repetidas cargas con el ma-

no ser destrozados completamente; y habiendo sido reforzados con tropas de refresco, se hicieron firmes en el convento y casas principales del pueblo.

Los independientes sobreponiéndose á todos los obstáculos que se les presentaban, ora por lo impracticable del terreno cortado con diversas zanias y millpas ó por lo fangoso de él, ora porque no podía maniobrar toda su fuerza, y ora en fin, porque la noche se avanzaba, tuvieron que apelar á su heroicidad y entusiasmo para no detenerse en perseguir á sus contrarios hasta el pie de sus mismos parapetos. La historia no olvidará, y la posteridad perpétuamente recordará el brillante comportamiento del soldado mexicano, en una noche en que el heroísmo compitió á porfía por ambos bandos.

Serían las siete de la noche cuando llegaron las demás fuerzas de la vanguardia del ejército trigarante hasta el número de trescientos infantes y doscientos caballos, lo que aumentó el brío de los mexicanos que se estaban batiendo desde el principio: pues habiéndose llenado de celo, su honor militar se afectó en cierta manera. El terreno no permitió que se batiesen todas las tropas que habían llegado.

Sabiendo es que el capitán don Encarnación Ortiz había peleado diferentes veces en el Bajío y en la primera época de la independencia contra los dragones fieles del Potosí, y contra los de otros cuerpos que venían ahora con el ejército trigarante, y que con satisfacción recíproca tenían el orgullo de ser compañeros. Esto sin embargo no impedía que hubiese nacido en las guerras de los dragones de la Sierra de Guanaquato, y fieles del Potosí, una emulación toda de honor, toda de gloria.

## VI

Eran las ocho de la noche, y la obscuridad impedía distinguir los objetos más cer-

rosos por entusiasmo, "hubieron de retirarse á Atzacapotzalco," por haberseles inutilizado un cañón de á 8, sobre el que apoyaban sus operaciones."

canos: el fuego continuaba sostenido por ambas partes: mortífero era el que hacían los españoles desde sus posiciones ventajosas, mientras que los mexicanos no tenían más parapeto que sus pechos que latían á los nombres sagrados de "independencia y libertad," y pronunciando con entusiasmo éstas palabras, ó al grito de ¡viva México! ¡viva Iturbide! bajaban á la tumba de los héroes. En medio de la más terrible carnicería, cuando por todas partes reinaba el espanto y la muerte, y cuando se escuchaban los repetidos ayes de los heridos ó moribundos, y á los frecuentes toques de las cajas y de los clarines, cansado ya Ortiz de intentar hasta lo imposible, dijo en voz alta á unos dragones que estaban cerca de él:

—Ahora se verá si los fieles, van hasta donde lleguen los de la Sierra de Guanaquato.

—Los fieles, dijo un oficial joven y bien parecido, van hasta donde entran los hombres; vamos adentro, compañero.

—Vamos, dijo el Pachón (\*) y dieron una carga ambos oficiales con sus soldados á los realistas, de los que acuchillaron varios en la plaza, en la que penetraron perdiendo algunos de los suyos. El joven oficial era el capitán de los Fieles don Manuel Arana.

—Erdozain, dijo Bustamante montado en furor á uno de sus ayudantes, busque Ud. á Endérica, y que cuando se dé el toque general de alto, avance con su tropa el cañón hasta la entrada de la plaza. Barreiro, diga Ud. al teniente coronel don Francisco Cortazar, que al toque expresado avance también por el costado derecho de la iglesia, y á Montoya que lo verifique igualmente con su batallón y el piquete de Tres villas, al mismo tiempo que se dé el toque, dirigiéndose por el otro costado. Moctezuma, divida Ud. en dos trozos su caballería y que auxilien á las dos secciones de infantería, buscando ántes las entradas más fáciles para llegar á los puntos del enemigo; yo me dirigiré con las guerrillas del Príncipe y San Luis al centro, en apoyo de Ortiz y Endé-

(\*) Así lo nombraban desde el principio de la primera revolución en el Bajío.

rica. Valiente y Castillo, ya pronto se quitará á Udes. su impaciencia.

Habían pasado pocos instantes, cuando mandó Bustamante tocar á las bandas de clarines, "alto," que era el toque combinado de dar el ataque con mayor vigor. Las órdenes de cuando en cuando se multiplicaban, el valor iba aumentándose cuanto mayor era el peligro, la acción se había hecho más general por todas partes. El denodado Endérica desplegó toda su intrepidez con tanta constancia, que obtuvo nuevo renombre en el ejército. Dos tenientes del bizarro regimiento de Celaya, don Manuel Arroyo y un joven como de 26 años, lo secundaron á porfía, colocando la pieza en la entrada á la plaza y á tiro de pistola del enemigo y de su artillería, á pesar de la lluvia de balas y metralla que disparaba incesantemente. Ese joven teniente, es hoy el presidente interino de la república, general de división don Valentín Canalizo.

Los españoles con todo y sus posiciones y la desesperación con que batían, sufrían pérdidas considerables: no obstante esto se iba aumentando su fuerza con nuevas tropas y municiones que les llegaban. Mucho tuvo que agradecer Concha á la fortuna, pues la noche le había protegido y más que todo el que los independientes hubiesen entrado en detall á la acción sin poder presentar todas sus fuerzas: á las once de la noche las circunstancias para éstos eran muy aciagas: reforzado el enemigo y sin querer salir de sus parapetos que tenían en las principales alturas del pueblo, al paso que á sus contrarios se había casi agotado el parque; estériles eran ya la constancia y el heroísmo con que desafiaban tan de cerca la muerte: Bustamante se decidió á emprender la retirada muy satisfecho de sus soldados, á quienes con ternura sin igual, y en lo más comprometido de la batalla llamaba "sus hijos," y ciertamente que así los veía, porque la pérdida de cualquiera de sus soldados le comprimía su corazón guerrero.

—Antes de retirarnos, dijo, es preciso traerse la pieza que llevó Endérica á la entrada de la plaza.

—Señor, le respondieron, han muerto las mulas, no hay carreteros, se ha descompuesto la cureña, y la pieza está atascada en un fango.

—El cañón no debe abandonarse, sin abandonar antes la vida, replicó Ortiz. Vamos, muchachos, vamos á traerlo, y se dirigió á donde estaba aquél con sus intrépidos soldados.

—También nosotros iremos, dijo el capitán Arana á sus dragones, y siguieron á Ortiz y á los suyos. La mayor parte de estos valerosos soldados hacía frente al enemigo interin que el resto se esforzaba en sacar la pieza con sus reatas á cabeza de silla. Ortiz y Arana estaban en la terrible competencia de salvar el cañón y de batirse á la vez. La empresa se había hecho de las más temerarias: el mayor número de los denodados dragones de la sierra de Guanajuato y Pielés del Potosí habían caído muertos ó heridos, haciendo esfuerzos sobrehumanos, "distinguiéndose heroicamente el nunca bien ponderado don Encarnación Ortiz, modelo de valor y patriotismo" (\*). Al pie del cañón sucumbió al fin Ortiz, cayó cubierto de heridas y de honor, saliendo gravemente herido Arana y contuso Canalizo. La victoria se cubrió de luto y la fortuna fué infiel al heroísmo, no habiendo respetado en esa noche aquella vida tan ilustre en nuestros fastos. En vano Endérica, Arroyo y Canalizo se habían multiplicado para arrebatar de la muerte á sus dignos compañeros.

—Señor, le dijo Barreiro á Bustamante, que lo había mandado con órdenes para que se retiraran las tropas; Ortiz, el valiente Ortiz, ha muerto, Arana también ha sido mortalmente herido y los soldados de ambos, pocos sobreviven.....

—¡Ortiz ha muerto! ¡Qué fatalidad....! exclamó Bustamante. Quedóse un rato pensativo como si dudase lo que acababa de oír, y aunque no podía articular palabra, su semblante indicaba que su alma era destrozada de pesar: hizo un gesto y sacudió la

(\*) Palabras de Bustamante en el parte que dió de la acción.

cabeza, después anduvo un poco hacia adelante y dijo:

—Erdozain, marche Ud. y dígame a Endérica que se retire dejando el cañón, que bien puede abandonarse, pues bastante caro lo ha pagado el enemigo: que se conduzcan luego los heridos y que el cuerpo de mi querido Ortiz no se deje allí, y terminó dando tristemente sus órdenes.

## VII

Los mexicanos se retiraron de Santa Mónica: frondosos eran los laureles que habían cortado en esta memorable noche: el enemigo perdió más de quinientos hombres; pero esta victoria se había comprado con la sangre de muchos intrépidos soldados, cuya pérdida era una página de luto en este glorioso día para las armas mexicanas.

Iturbide, digno apreciador de sus compañeros, aplaudió debidamente el relevante mérito que contrajeron en esa acción Bustamante y sus soldados: les manifestó desde Puebla á nombre de la patria su reconocimiento, así como su pesar por las sensibles pérdidas, especialmente por la del incomparable Ortiz, á quien concedió el póstumo honor de "que pasase revista de presente." En los anales mexicanos se leen éstos tres escudos: "Se distinguió en la brillante acción del 19 de Agosto de 1821." Este escudo lo llevaron ó llevan, el teniente coronel de la Corona don Francisco Cortazar, mayor del mismo regimiento don Tomás Castro, comandante del escuadrón de Fieles don Esteban Moctezuma, teniente del Príncipe don Manuel Valiente, teniente de San Luis don José María Castillo, sargento mayor del ligero de Querétaro don Cayetano Montoya, ayudante del mismo don Antonio Chávez, capitanes don Pablo Erdozain y don Miguel Barreiro, y el subteniente de artillería don José María Sandoval. El segundo, que pertenecía con envidia á los heridos, tenía este lema "Vertió su sangre por la libertad de México en 19 de Agosto de 1821." Para los demás que concurren á la acción se decretó el siguien-



General D. Anastasio Bustamante.

te: "Acción victoriosa por la felicidad de México: 19 de Agosto de 1821." Los impávidos Endérica, Arana, Canalizo y Arroyo fueron, además, ascendidos al grado inmediato. En fin, Bustamante fué saludado héroe.

Por más que el infortunio y la ingratitud lo hayan ajado, con todo y el juicio de la opinión al juzgarlo por sus errores políticos, en los que ningún hombre público puede dejar de incurrir, el fallo de los contemporáneos, por severo que sea, es ineficaz para evitar el reconocimiento nacional; y aun más todavía para que la posteridad admire con emociones de entusiasmo y orgullo una data que la inmortalidad ha inscrito ya con dorados caracteres: Anastasio Bustamante vencedor en Atzacotalco: 19 de Agosto de 1821.

DOMINGO REVILLA.

México, Enero 15 de 1844.

---